

EUROPA-ARCHIV

Bonn

Año 22, núm. 7, 1967

BEN-VERED, AMOS: *Zur Entwicklung der deutsch-israelischen Beziehungen* (En torno al desarrollo de las relaciones germano-israelíes), págs. 233-242.

Para el Estado de Israel, las relaciones con la República Federal forman parte integrante de su posición en el Oriente Medio y en Europa. Bonn, por su parte, sorprendió al mundo con haber dado preferencia a Israel a los árabes apoyando, además, siempre que pueda y donde pueda, la causa judía, especialmente en cuestiones europeas. A pesar de ello, las relaciones germano-israelíes no son, precisamente, las mejores, según prueban diferentes incidentes y manifestaciones en Israel —contra el Gobierno de Eshkol y contra Alemania—. Los promotores de los mismos radican en las filas del «partido de libertad», de extrema derecha, y entre los comunistas. Elementos antigermanos existen incluso entre los que apoyan y respaldan la política de Eshkol.

En agosto de 1965 llega a Israel el embajador alemán Rolf Pauls, y desde aquel momento no cesan los incidentes que ocupan la prensa israelita. Durante la estancia de Adenauer en Israel,

Eshkol manifestó que Alemania sigue siendo objeto de ciertas observaciones para comprobar si es digna de entrar en la familia de naciones. Adenauer replicó con la indicación que es preciso mirar hacia el futuro—y no hacia el pasado—, si alguien tiene interés en que las relaciones entre ambos Estados vayan fortaleciéndose. Y más tarde, cuando el antiguo vicepresidente de la fracción del S.P.D. en el Bundestag Helmut Schmidt visitó Israel, y se entrevistó con la entonces ministro de Asuntos Exteriores Golda Meir y otros representantes de Mapai, puso de relieve que los israelíes deberían renunciar ya de una vez, ello en su propio interés, a identificar a los alemanes con los nazis, ya que a no ser así, la reacción podría volverse contra el propio Israel. Este sería, a pesar de todo, una parte de la nueva Europa. También Israel tiene la obligación de formar sus nuevas generaciones en un ambiente democrático. No obstante, últimamente se han conseguido algunos progresos en las relaciones germano-israelíes. Ambas partes creen en el cumplimiento de las respectivas obligaciones.

Bonn espera que los israelíes apoyen y respalden la política de reunificación de Alemania, asimismo que su postura frente al problema de las fronteras Oder y Neisse. También se espera una postura inequívoca de Israel respecto al régimen de Pankov: porque mientras que Tel Aviv exagera la situación en la República Federal, pasa casi por alto los acontecimientos de Pankov.

Israel, por su parte, parece responder a las intenciones de Bonn, pero los resultados son, hasta ahora, prácticamente nulos, ya que la política israelita no renuncia a ciertos criterios considerados como importantes desde el punto de vista vital y existencial para Israel. Prevalece la desconfianza hacia las nuevas generaciones alemanas.

Año 22, núm. 8, 1967

BIRRENBACH, KURT: *Aktuelle Fragen der Deutschland-Politik* (Cuestiones actuales de la política alemana), páginas 267-278.

Desde hace tiempo resulta ser cada vez más claro que la cuestión alemana puede ser resuelta sólo dentro de la unificación de Europa. Porque la división de Alemania significa, en realidad, la división de Europa. La línea de demarcación a través de Alemania es el resultado de la irrupción soviética en el espacio europeo.

La Unión Soviética niega a Alemania el derecho de autodeterminación, lo cual implica las siguientes consideraciones políticas: 1. La zona soviética de Alemania es el brazo derecho de la estrategia soviética, que impide a Polonia entrar en contacto con el Occidente. 2. La Alemania de Pankov es el proveedor principal dentro del bloque soviético, especialmente de bienes de inversión. 3. La zona soviética de Alemania es la plataforma de vanguardia del poder soviético en el corazón de Europa. 4. La reunificación del país por medio de la incorporación de la Alemania de Pankov a la República Federal alteraría el actual equilibrio político y militar en Europa a expensas de la U.R.S.S. y a favor del Oeste. 5. La reunificación de Alemania, llevada a cabo mediante elecciones libres, crearía condiciones democráticas entre los ríos Elba y Oder, desacreditando la legalidad de los sistemas de otras democracias populares en el Este europeo. Acto seguido podrían producirse nuevos levantamientos al ejemplo del 17 de

junio de 1953 en la zona o de octubre-noviembre de 1956 en Polonia y Hungría. Por esta razón, la Unión Soviética no acepta la reunificación del país.

Las dimensiones de la política de reunificación: 1. La conservación de la sustancia de la nación alemana en ambas partes del país. 2. La consecución del consentimiento occidental en cuanto a la reunificación de la República Federal con la zona soviética. 3. Una determinada política frente a los Estados de la Europa oriental. 4. Desarrollo de la política de reunificación en los países del llamado Tercer Mundo. 5. Poner en práctica una política que tenga como fin el ganar al Kremlin para la reunificación germana.

Estas son las tareas que debería llevar a cabo el Gobierno germano-federal, ya que el problema de la reunificación no es solamente un fin puesto de relieve en la Ley Fundamental de Bonn, sino también una misión histórica. El camino es largo y penoso. Requiere sacrificios, sobre todo materiales y financieros, de parte de la población de la República Federal. La reunificación de Alemania no puede ser un hecho sin reunificarse, al mismo tiempo, el continente europeo, o sin llegarse a una auténtica política de distensión que pudiera conducir hacia una cooperación entre Este y Oeste. En este sentido, mucho depende de los alemanes, en primer lugar, de los alemanes federales.

Año 22, núm. 9, 1967

BUCHAN, ALASTAIR: «N.A.T.O.-Krise» und europäische Entspannung («Crisis de la N.A.T.O.» y distensión europea), páginas 301-312.

Desde hace un año se habla de la «crisis de la N.A.T.O.»; sin embargo, no se trata sino de juicios superficiales. El hecho se debe a que las democracias occidentales están mucho más expuestas a críticas que los países marxistas. La N.A.T.O. se encuentra en una fase de reorientación y reestructura-

ción como consecuencia de la nueva situación en Europa. El Este y el Oeste experimentan una serie de contactos bilaterales, hecho que viene intensificándose a expensas del peligro de una guerra.

Los factores principales son los Estados Unidos, la Unión Soviética, la Europa occidental y la Europa oriental. Se perfilan nuevas formas de colaboración europea, y la Comunidad Económica Europea es un elemento de gran importancia, sobre todo si se tiene en cuenta que su poder económico implicaría también una integración política.

Especial atención merecen cada uno de los países del Este europeo, siendo peligroso considerarlos como un bloque monolítico. En el terreno tecnológico existen divergencias entre la Europa occidental y los Estados Unidos, y en este sentido habrá de buscar nuevos caminos para una colaboración europea. Otro problema consiste en la defensa convencional. La seguridad europea necesita de un sistema común y homogéneo de defensa, que reemplazaría el actual, basado en una media docena de sistemas nacionales, requiriendo enormes gastos administrativos. El sistema unitario de defensa europea puede elaborarse incluso prescindiendo de Francia.

Finalmente, se plantea el problema de una colaboración intelectual. Su tarea consistiría, en primer lugar, en examinar cuáles son los convenios y tratados de carácter político que responden específicamente a los intereses europeos. Por ejemplo, el Instituto de Estudios Estratégicos, de Londres, y cuyo director es precisamente Buchan, viene organizando desde hace varios años discusiones sobre cuestiones estratégicas en Europa y de control de armamentos. Se precisa un sistema unitario europeo-occidental capaz de ser respetado tanto por los Estados Unidos como por la Unión Soviética.

Nuevos caminos de una colaboración europeo-occidental, junto al fortalecimiento de las instituciones ya existentes, podrían ejercer una gran influencia sobre el diálogo entre las dos su-

perpotencias. La iniciativa de una reorganización de la N.A.T.O. debería ser un asunto europeo desde los puntos de vista político, científico-técnico e intelectual.

S. G.

ÖSTERREICHISCHE ZEITSCHRIFT
FUER AUSSENPOLITIK

Wien

Año 7, núm. 1, 1967

GUTTENBERG, KARL THEODOR FREIHERR
ZU: *Braucht Deutschland eine neue
Ausßenpolitik?* (¿Necesita Alemania
una nueva política exterior?), pági-
nas 16-25.

Los estadistas alemanes, al referirse a la política exterior de la República Federal, tienen presente como fondo de sus consideraciones la llamada cuestión alemana. Esta consiste en la reunificación del país, sólo que ésta bien podría llevarse a cabo en diferentes formas. Lo que importa, en primer lugar, es que tal reunificación se haya hecho en condiciones de libertad.

Existen tendencias encaminadas hacia el reconocimiento del régimen de Pankov como un segundo Estado alemán. Sus representantes entrarían en conversaciones con Bonn, y a través del Gobierno Federal, con el Occidente, como *partners* en condiciones de igualdad. Ahí reside el peligro no solamente para la reunificación del país, sino para toda Europa. Al revés, quien entra en contacto con los comunistas de Berlín-Este, entra en contacto con Moscú. En el Kremlin se encuentra la clave para solucionar el problema alemán, dentro del cual desempeña un papel especial la concepción soviética de una «tercera Alemania», que es la antigua capital germana: Berlín.

Consecuencias: no hay motivos para que la República Federal cambiara el curso de su política exterior. Más bien deberían seguirse las líneas de Ade-

nauer y de la C. D. U.-C. S. U., ya que éstas disponen de un contenido sólido que tarde o temprano se extendería como una nueva esperanza sobre el continente europeo, especialmente sobre el Este de Europa.

Es precisa la presencia garantizada de los Estados Unidos en Europa, junto a la colaboración germano-francesa, en virtud de los esfuerzos de unidad paneuropea, sólo que aquí no se trata de una unión atlántica o una integración, sino de una comunidad de pueblos a base de las condiciones de *partners*. La actual postura y línea político-exterior de Francia es condenable y criticable. En un principio, la colaboración, en condiciones de igualdad, entre Alemania y Francia es insustituible. Porque quien pide a los alemanes que abandonen a Francia, pide al mismo tiempo que Alemania abandone a Europa.

Conclusión: Para la seguridad europea es indispensable la presencia de los Estados Unidos de América, y la unidad europea es la base para el futuro del viejo continente. Es decir, los alemanes no necesitan de una nueva política exterior, sino tan sólo continuar con la practicada hasta ahora, desarrollando y perfeccionándola conforme a las nuevas circunstancias internacionales y europeas. Es la política de la democracia cristiana.

SOMMER, THEO: *Deutsche Nuklearpolitik* (Política nuclear alemana), páginas 26-39.

En la República Federal no existe una «gran discusión nuclear», ya que lo poco que se puede recoger en tal sentido queda remitido a un círculo limitado de expertos en cuestiones de la defensa o de la política exterior.

El 3 de octubre de 1954, Bonn renunció unilateralmente a la fabricación de armas nucleares: frente a la unión europeo-occidental (Gran Bretaña, Francia, Bélgica, Países Bajos y Luxemburgo); ello implica que sus compromisos para con Washington se ma-

nifestaban indirectamente en relación con la admisión de la República Federal en la N. A. T. O. Esta declaración, hecha por el entonces Gobierno de K. Adenauer, obliga a los Gobiernos posteriores. Sin embargo, el texto del tratado con la N. A. T. O. no prohíbe a Bonn la fabricación de armas nucleares en territorios extranjeros, caso de existir tal posibilidad, comprar, alquilar o tenerlas prestadas. Ultimamente, la renuncia a armas nucleares resultó ser, por parte de sus aliados, un acto de discriminación...

Desde 1955, la situación fue cambiando progresivamente dentro de la alianza atlántica, y los alemanes empezaron a preocuparse más seriamente por el problema nuclear, reivindicando para sí una participación dentro de la estrategia de la N. A. T. O. El Gabinete Erhard no logró nada positivo en tal sentido. El problema de la no proliferación provocó serias preocupaciones en la República Federal, la cual debería obtener garantías para su propia seguridad. Si es imposible fabricar y poseer armas nucleares, al menos debería participar en un sistema sólido de intimidación estratégica. Por tanto, debería quedar abierto el camino para la participación en una potencia nuclear (europea o atlántica). Finalmente, Bonn no quiere aislarse en cuanto a posibles negociaciones con Moscú, donde reside el problema de la reunificación del país. Es decir, se encuentra en una situación ambigua y no será fácil resolverla sin nuevos sacrificios.

La República Federal cuenta con 60 millones de habitantes, constituyendo la segunda potencia industrial y económica del mundo. La gran incógnita es saber si dentro de unos diez o veinte años seguirá estando dispuesta a desempeñar en la política internacional el papel de segundo rango. Hay quien opina que la situación actual es parecida a la de después de Versalles. Sin duda alguna, el nacionalismo alemán viene manifestándose nuevamente en diferentes formas, aunque los fines del nacionalsocialismo hayan desaparecido por completo. En todo caso, el problema de la reunificación del país

figura en primer lugar, y en este sentido la posesión de armas nucleares bien podría agravar la división existente. Depende de ciertos factores de carácter irracional si la República Federal conservará las posibilidades de una reunificación. Al menos le quedan algunos instrumentos de opción, y vale la pena cuidarlos.

S. G.

WORLD AFFAIRS

Washington

Vol. 129, núm. 4, enero, febrero,
marzo 1967

DONALD ARMSTRONG: *Hitler's Cold War* (La guerra fría de Hitler), páginas 218-221.

La guerra fría es algo que confunde y aturde, pero siempre grande en consecuencias para las apaciguadoras víctimas amantes de la paz. La guerra fría empieza cuando un enemigo en potencia pone a prueba la resistencia de una nación a la agresión por medio de una acción ofensiva menor y limitada, demasiado trivial para ser la causa de un conflicto armado; la víctima protesta, pero sin pasar a la acción.

La guerra fría de Hitler demuestra cómo un conquistador en potencia alcanza triunfos pacíficos sin intervenir en la guerra activa. Usa el lenguaje de la paz como la pantalla del rearme y la preparación para la agresión. Sus garantías hacia 1934 de que la «guerra no volverá», que «los problemas de Alemania no pueden ser resueltos por la guerra», fueron dadas en el momento mismo en que confiaba a Rauschning: «Tenemos que dominar a Europa o caer deshechos como nación.» Añadió que Alemania se estaba armando para la guerra. «Tenemos que proceder paso a paso, de tal modo que nadie entorpezca nuestro avance: de que eso se hará es garantía la falta de firmeza de Inglaterra y la desunión de Francia.»

Pero al llegar al poder, Hitler em-

pezó a garantizar el éxito de su futura agresión con el rearme masivo de sus crecientes fuerzas de tierra, mar y aire. Había aprendido el axioma de Lenin que «la estrategia más sana en la guerra es posponer las operaciones hasta que la desintegración moral del enemigo hagan que el darle un golpe mortal sea a la vez posible y fácil». Hitler esperó a actuar hasta haber acumulado una fuerza militar suficiente para abrirse paso con el *bluff* y una fuerza de 35.000 hombres hacia la Renania en 1936, tres años después de la subida al poder. Entonces su guerra fría empezó en serio con las herramientas de la propaganda, el engaño, el terror y la subversión con la ayuda de elementos disidentes entre las víctimas para desmoralizar al pueblo y debilitar su voluntad de resistencia.

A las diez de la mañana del 7 de marzo de 1936, el ministro de Asuntos Exteriores de Hitler propuso a Inglaterra, Francia, Bélgica e Italia un pacto de no agresión, mientras que dos horas después sus tropas, en violación del Tratado de Versalles, cruzaban la entrada en la Renania. Esta concatenación de las conversaciones de paz con la acción militar ha sido un instrumento favorito del fñhrer.

MICHAEL LINDSAY: *The Great Cultural Revolution and the Red Guards* (La Gran Revolución Cultural y los guardias rojos), págs. 225-232.

La «Gran Revolución Cultural» y la organización de los guardias rojos son consecuencias naturales y lógicas de algunos principios básicos que han ejercido una gran influencia en la política comunista china durante largo tiempo. Parece razonable tomar en serio lo que los dirigentes comunistas chinos mismos dicen acerca de los objetivos de su movimiento, que tiene la intención de combatir el «revisionismo» y mantener el espíritu de la revolución. Esto no descarta la posibilidad de que el movimiento sea utilizado también como instrumento en una lucha por el poder

dentro de los niveles más altos del partido, porque ambos usos del movimiento no son incompatibles.

Mao Tse-tung y sus asociados han recalcado siempre la importancia de la organización de masas y el entusiasmo de las masas. Para comprender sus motivos es necesario darse cuenta de la atracción real de una sociedad totalitaria ideal, que ha conseguido asegurarse la unanimidad entusiasta en cuanto a los objetivos sociales. Esta atracción tiene una existencia completamente independiente de la visión de la futura sociedad comunista ideal, aunque este ideal a largo plazo es casi completamente seguro que ha de ser una influencia importante para muchos de los dirigentes comunistas chinos.

Una sociedad que ha conseguido la unanimidad entusiasta sobre los objetivos sociales puede actuar en muchos aspectos con una eficacia extremada.

La aproximación a la sociedad totalitaria ideal ha dado como resultado los informes más favorables de los visitantes de China sobre las condiciones generales, aun cuando esto sea sólo parte de la situación en su totalidad. Muchas gentes en China han mostrado un entusiasmo genuino acerca de los propósitos del régimen y se han mostrado dispuestas a hacer sacrificios personales con miras a la construcción de una sociedad mejor para el futuro. Y este espíritu ha producido resultados notables.

Para los dirigentes comunistas chinos, esta atracción de una población organizada y entusiasta tiene bases sólidas en la experiencia práctica. Los comunistas chinos han sido capaces de la expansión entre los años de 1937 y 1945 gracias a una organización de masas eficaz basada en el apoyo popular, para salir de una zona remota, con acaso millón y medio de habitantes, hasta dominar grandes porciones de la China del norte y centro, con unos 100 millones de habitantes, a pesar de los esfuerzos decididos de los japoneses por eliminarlos. Y su victoria rápida sobre un Kuomintang mayor y mucho mejor equipado ha dependido en gran parte de la organización de masas. Es per-

fectamente natural que Mao Tse-tung deseara mantener el espíritu del período de Yenán cuando el ideal de la unanimidad entusiasta estaba casi realizado y cuando las realizaciones del partido eran de lo más notable.

HARTLEY F. DAME: *The Alliance for Progress* (La Alianza para el Progreso), págs. 233-243.

La ayuda al exterior está reconocida desde hace largo tiempo como un instrumento para el logro de objetivos de la política exterior nacional. En los Estados Unidos, la ayuda al exterior ha sido uno de los instrumentos principales de la política exterior, particularmente desde la segunda guerra mundial. El Congreso norteamericano se ha mostrado completamente reacio a permitir que Estados y agencias internacionales tuviesen voz en la utilización de los fondos autorizados para la ayuda al exterior. Pero en 1966 no sólo autorizó, sino que estimuló al Presidente para que se valiese de los oficios del Comité Interamericano de la Alianza para el Progreso—C. I. A. P.—para el empleo de los fondos de ayuda a la América Latina. ¿Por qué ha sido seleccionada esta agencia como objeto de la indulgencia congresional?

La Alianza para el Progreso es un programa ambicioso de desarrollo regional que es único en la historia de la cooperación internacional. A través de los esfuerzos unificados de veinte Estados signatarios de la Carta de Punta del Este, la Alianza busca la revisión de la sociedad y la economía de los Estados latinoamericanos para colocar a esos Estados a un nivel de desarrollo socioeconómico comparable a las realizaciones de los Estados Unidos y la Europa occidental. La Alianza es una combinación compleja de esfuerzos para planificar el desarrollo regional y para disponer de los recursos requeridos para alcanzar las metas establecidas en la Declaración de los Pueblos de América, uno de los distintos documentos firmados en Punta del Este,

Uruguay, en agosto de 1961. Aunque la Alianza para el Progreso ha recibido mucha publicidad, es pobremente comprendida por los pueblos de los países participantes. La noción más generalizada es que la Alianza es un programa unilateral de ayuda de los Estados Unidos: una concesión de fondos, material y ayuda técnica a las naciones individuales de la América Latina.

La Alianza para el Progreso es, sencillamente, en realidad, un nombre, una frase, utilizada para la identificación de un programa multilateral regional de desarrollo emprendido por los miembros de la Organización de Estados Americanos (O. E. A.). Los documentos firmados en Punta del Este han sido una declaración de intención y una resolución de acuerdo conjunto para trabajar en busca de ciertos propósitos establecidos. Los orígenes de la Alianza se remontan a los comienzos del siglo XIX, aunque los antecedentes más inmediatos de los acuerdos de Punta del Este son: la propuesta del presidente brasileño, Kubitschek, para un programa hemisférico, llamado Operación Pan Americana; el Acta de Bogotá de 1960, que crea un Comité especial para coordinar los esfuerzos de desarrollo de la O. E. A., el Banco Interamericano de Desarrollo (B. I. D.) y la Comisión Económica de las Naciones Unidas para la América Latina (C. E. P. A. L.).

J. M.

REVUE DE DÉFENSE NATIONALE

París

Año 23, mayo de 1967

RENÉ VERMONT: *La Grande Bretagne «à l'Est de Suez»* (Gran Bretaña «al Este, de Suez»), págs. 783-801.

La política de Gran Bretaña al este de Suez se impone como el máximo obstáculo para su ingreso en el Mercado Común. Tal política implica la

existencia de múltiples compromisos, y es, en definitiva, la última manifestación del Imperio británico. Aunque no tiene vital interés para Gran Bretaña, la compromete en virtud de acuerdos contraídos en el pasado, de imperativos de presente y de compromisos suscritos con vistas al futuro.

Aparte de las obligaciones derivadas de la pertenencia a la S. E. A. T. O., Gran Bretaña tiene compromisos que resultan de acuerdos bilaterales con los Estados de la Federación de Arabia del Sur, con diversos principados del golfo Pérsico, con los diminutos Estados de la Costa de los Piratas y con Kuwait, además de Malasia, el Estado de Singapur, el sultanato de Brunei, Borneo, etcétera, sin contar los compromisos contraídos secreta o verbalmente con Australia y Nueva Zelanda. Son éstos los que determinan la serie de acuerdos militares relativos a la defensa de esta zona (singularmente el A. N. Z. U. S.).

Existe una gran reserva en lo que respecta a las relaciones especiales con los Estados Unidos en estas áreas, pero hay un reparto de responsabilidades que confía a Gran Bretaña la defensa del golfo Pérsico y de la parte occidental del océano Indico. En contrapartida, Gran Bretaña trata de conseguir de los Estados Unidos una participación financiera para establecer bases en islotes y archipiélagos del océano Indico después de retirarse de Adén. A este respecto, se evidencia que Gran Bretaña ha adoptado un nuevo plan para el despliegue de sus fuerzas (escuadrillas operativas y unidades logísticas) en esas áreas. Todo ello supone una modificación sustancial del plan estratégico actual, basado para el Oriente Medio en Adén, y para el Mandato del Extremo Oriente, en Singapur.

Pero, ¿se quedarán los británicos al Este de Suez? Muchas son las críticas que suscita esa política. Unos la califican de «deliberada»; otros ponen de manifiesto el peligro que se deriva de la existencia misma de bases militares en un país extranjero. Esta última crítica ha sugerido la conveniencia de replegarse hacia islas deshabitadas (*no people no problems*), concepto que, al

parecer, ha prevalecido para el nuevo despliegue de las fuerzas británicas y su política al Este de Suez.

Tal política origina grandes dificultades a Gran Bretaña en razón de la naturaleza muy variada de sus compromisos y de la fragilidad de los países con que los ha contraído. La índole de estos problemas obliga a Gran Bretaña a practicar una constante adaptación a los hechos, a un pragmatismo sin cesar renovado que, en definitiva, contribuye al mantenimiento de la paz y el orden en esas vastas áreas.

Año 23, junio de 1967

H. ALPHAND: *La politique extérieure de la France en 1967* (La política exterior de Francia en 1967), páginas 943-951.

Los principios y objetivos de la política exterior francesa son sencillos en su definición. Se trata, en primer término, de permitir que subsista y progrese Francia, al tiempo que se asegure al país un largo período de paz. Tal paz resulta de un equilibrio de las fuerzas, al que Francia contribuye dotándose de medios de defensa y participando en una alianza. Seguidamente, hay que señalar el respeto al principio de no intervención en los asuntos internos de otras naciones, principio que se compagina con la existencia de compromisos derivados de los pactos de alianza y el deseo de desarrollar una influencia comercial, económica, técnica y cultural en el mundo entero. El principio de no intervención y el derecho de los pueblos a disponer de sí mismos han permitido llevar a cabo felizmente la descolonización y mantener relaciones diplomáticas con países cuya ideología difiere de la que impera en Francia (por ejemplo, China popular). El tercer principio que rige las acciones diplomáticas es el realismo.

Tales principios se aplican en forma práctica en múltiples casos, destacando

entre éstos la política de Francia en Europa y con relación a los Estados Unidos.

Francia sigue siendo favorable al movimiento de unión que ha impulsado en el plano económico, lo cual ha provocado una profunda transformación que, entre otras consecuencias, ha suscitado la competencia, la mejora de la calidad de la producción francesa y condiciones favorables para concluir la negociación Kennedy con vista a más amplios intercambios internacionales.

En la raíz de la iniciativa europea de Francia está la voluntad de reconciliar a Francia con Alemania. A este respecto, el Tratado de París es fundamental, pese a las vicisitudes por las que ha pasado. Así lo muestra la visita del canciller Kiesinger a París. Ahí está la base de la paz europea. Los Seis seguirán persiguiendo la unión en nuevos ámbitos (social, sanitario, fiscal, etc.). Si tal unión no se ha acelerado, no tuvo la culpa Francia. Los proyectos de unión que presentó no fueron aceptados por sus asociados. Pese a todo, se han realizado grandes progresos en esa dirección.

Junto a estos problemas se plantea el de ensanchar la Comunidad, singularmente con el ingreso de Gran Bretaña, que fracasó en 1963 dadas las circunstancias objetivas británicas. En 1967, Gran Bretaña reitera su deseo de ingreso, pero señalando que «los intereses esenciales de Gran Bretaña y de la Commonwealth deben ser preservados». En estas condiciones, se plantean problemas que sólo tienen tres soluciones: 1.ª La Comunidad se aviene a modificar sus estructuras en vías de construcción. 2.ª Gran Bretaña acepta las reglas del Tratado de Roma lo mismo que los Seis. 3.ª Gran Bretaña y los países de la E. F. T. A. se vinculan al Mercado Común mediante tratados particulares (asociación). La cuestión será estudiada próximamente. Cualquiera que sea la decisión, no puede alterar la amistad franco-británica.

Por otra parte, Francia practica una política de relajamiento de la tensión con los países del este de Europa para

sustituir la guerra fría por la cooperación en diversos ámbitos.

Idéntico realismo determina y explica las relaciones de Francia con los Estados Unidos. Dos problemas principales pueden alterar la tradicional amistad que une a los dos países: la posición de Francia respecto a la O. T. A. N. y el conflicto del Vietnam. El primero, después de causar mucho alboroto, está resuelto, y Francia permanece fiel a la Alianza Atlántica. La oposición de los puntos de vista en la cuestión vietnamita no es un hecho nuevo. Francia siempre hizo presente que estimaba inadecuado el empleo de medios militares, aconsejando la negociación en el marco de los acuerdos de Ginebra. Pero los consejos han sido desoídos, y Francia se abstiene de tomar iniciativas destinadas al fracaso mientras Wáshington no reconsidere sus criterios en una cuestión que dificulta el relajamiento de la tensión entre la U. R. S. S. y los Estados Unidos.

ALFRED GROSSER: *La République Fédérale d'Allemagne et sa politique extérieure* (La República Federal de Alemania y su política exterior), páginas 1018-1031.

Todos los problemas actuales relativos a Alemania se derivan del estatuto cuatripartito de 1945, en parte todavía en vigor. En virtud de tal estatuto, Berlín es un hecho cuya naturaleza político-jurídica es sumamente extraña. Berlín no es un *land* de la República Federal, pero Berlín-Oeste está vinculado al Gobierno de Bonn. Asimismo, el estatuto da lugar a que la República Federal sea una de las grandes potencias económicas mundiales, miembro del Mercado Común y de la O. T. A. N., sin gozar de una absoluta soberanía por las reservas del acuerdo de París de 1954, singularmente en lo que respecta a Berlín y a la reunificación, la promulgación de una Constitución y el derecho de estacionamiento de las tropas de los tres occidentales.

La República Federal es, además, un Estado sin fronteras, de forma que teóricamente la Alemania del Este forma parte del Mercado Común, ya que no existen fronteras entre las dos Alemani-
as. De ahí que el comercio entre ambas sea «interalemán». De triunfar la tesis del ministro de la Reunificación, estableciéndose una confederación económica entre las dos Alemani-
as, ¿dónde dejaría de aplicarse la tarifa exterior común de los Seis?

El malestar de Alemania proviene no sólo de su estatuto y de su falta de fronteras, sino también de que no sabe si es un Estado definitivo o provisional. Desde el punto de vista de la reunificación, es preferible que la República Federal se considere un Estado provisional.

Hasta la gran coalición actual y desde 1949, la política exterior alemana fue invariable: ni Europa ni la reunificación, sólo la seguridad. La preocupación por la seguridad explica que entre París y Wáshington, la República Federal optara por Wáshington. Pero desde la llegada al poder del canciller Kiesinger, las relaciones franco-alemanas han mejorado, al tiempo que se ha iniciado una política de acercamiento al Este.

¿Qué política es ésta? Consiste, primero, en hacer caso omiso de la «doctrina Hallstein», en particular al establecer relaciones con Rumania. Similar maniobra no pudo hacerse con Checoslovaquia por la contraofensiva de Ulbricht.

El problema aparentemente insoluble que se les plantea a franceses y alemanes para crear una Europa abierta, que incluya a Polonia, Checoslovaquia, etc., es la necesidad de contar con la U. R. S. S. y, al mismo tiempo, que la U. R. S. S. se quede fuera de Europa, a la que desequilibraría. Ahora se ha llegado a la conclusión de que nada puede hacerse sin la Unión Soviética, pero que las gestiones para vencer sus resistencias han de hacerlas por separado Francia y Alemania. ¿Con qué finalidad? La de aislar a la Repú-

blica Democrática y crear allí una situación de no liberalización, insostenible a la larga. Por de pronto, merced a esta política, se ha logrado que el Este se encuentre dividido respecto al problema alemán. Por ejemplo, Polonia juega con ahínco la carta Ulbricht, acaso para conseguir el reconocimiento de la frontera Oder-Neisse y consolidar la existencia definitiva de dos Estados alemanes.

PIERRE RONDOT: *Crise aigüe en Arabie du Sud* (Crisis aguda en Arabia del Sur), págs. 1044-1054.

La cuestión de Arabia del Sur es tan peligrosamente importante como el conflicto de Palestina.

Gran Bretaña ha resuelto dar la independencia en 1968 a la Federación de Arabia del Sur, compuesta por las entidades de la colonia de Adén y del protectorado occidental. En evitación de que el desorden impere después de su retirada, ha tratado de que en el seno del Gobierno de esa Federación las tendencias nacionalistas de Adén se equilibren con el tradicionalismo de los sultanes del antiguo protectorado. No lo ha conseguido, singularmente en razón del apoyo que la R. A. U. y la República del Yemen prestan al F. L. O. S. Y. (*Front of Liberation of Occupied South Yemen*), integrado por elementos extremistas opuestos a la Federación. Por otra parte, han fracasado los reiterados intentos del Gobierno de la Federación para hallar un acuerdo con la oposición en el exilio.

En el pasado diciembre, Gran Bretaña reiteró su decisión de evacuar Adén y no se opuso abiertamente al envío a ese territorio de una misión especial de la Comisión de Territorios no Autónomos de la O. N. U. Tal misión declaró no haber podido actuar, pues su propósito era tratar exclusivamente con las autoridades británicas de Adén, mientras que estas autoridades sólo la pusieron en condiciones de tratar con el Gobierno Federal. Entre

tanto, la violencia se incrementó en Adén, donde empezaron a actuar nuevas formaciones de oposición al Gobierno Federal y a la Gran Bretaña: el N. L. F. (*National Liberation Front*) y un movimiento rival de éste, el F. L. O. S., además del sindicato A. T. U. C. (*Aden Trade Union's Congress*) y, finalmente, el S. A. L. (*South Arabian League*), más moderado y de inspiración saudita. A finales de marzo surgió una nueva agrupación terrorista, el P. O. R. F. F. (*People's Organization for the Revolutionary Forces of Flosy*). Las rivalidades entre estas organizaciones provocan luchas y violencias que sumen a Gran Bretaña en la perplejidad en cuanto a la acción política a adoptar para evacuar Adén sin dejar en pos una situación explosiva, por enfrentarse allí tesis radicalmente opuestas: la británica, que estima viable la Federación de Arabia del Sur, y la tesis de la oposición, que niega toda representatividad al Gobierno Federal y considera el territorio parte del Yemen.

La dificultad para Gran Bretaña es descubrir entre el Gobierno Federal y los extremistas del exterior a un «tercer hombre». No tiene a ninguno en la cárcel que pueda resolver el problema, como en ocasión lo resolvió en Africa.

Se recuerda que la Federación sólo comprende la antigua colonia de Adén y los Estados del antiguo protectorado occidental, además de Wahidi. Los tres Estados del protectorado oriental, a petición propia, siguen dependiendo de Gran Bretaña. Confiaban en el hallazgo de petróleo en su territorio. De ahí que quisieran mantenerse al margen de la evolución del protectorado occidental. El resultado negativo de las investigaciones petrolíferas tal vez modifique su punto de vista, cooperando a ello la agitación política pro-yemenita y pro-egipcia, que empieza a manifestarse en esos territorios.

La puesta de Adén es considerable: Arabia del Sur, ¿será un Estado moderado, en términos amistosos con el mundo anglosajón y la Arabia Saudi-

ta?, o bien, ¿se pasará al bando egipcio y será absorbido por el Yemen?

W. R. SURREY: *La Grèce face à son nouveau destin* (Grecia frente a su nuevo destino), págs. 1066-1081.

El golpe de Estado del pasado 20-21 de abril es el resultado lógico de los errores cometidos por los políticos griegos. La actuación de éstos hizo correr el peligro de dar al traste con el esfuerzo de Grecia y de los Estados Unidos para que aquel país no cayera en la órbita comunista en 1945. Este temor y la ayuda económica norteamericana provocaron el ingreso de Grecia en la O. T. A. N. en 1951.

La contribución de Grecia a la O. T. A. N. es, sobre todo, estratégica. Es el eslabón que une a esta organización con el C. E. N. T. O. Permite la protección de la cuenca oriental del Mediterráneo y el libre paso de los buques que se dirigen a Turquía y al Oriente Medio, así como la defensa de los Dardanelos. Por tanto, cualquier amenaza para el territorio griego supone una amenaza para el mundo libre.

A la contribución estratégica hay que agregar la contribución humana. Si bien Estados Unidos ha asumido el peso del esfuerzo militar, no ha dejado de prestar su ayuda para elevar el nivel de vida de ese país económicamente débil. Es decir, que estratégica, militar y socialmente hablando Grecia necesita imperiosamente estabilidad política. La consiguió durante ocho años con el primer ministro Caramanlis, al tiempo que un desarrollo económico apreciable (la renta nacional *per capita* pasó de 213 a 416 dólares). Todo ello permitió a Grecia consolidar su prestigio internacional y convertirse en miembro asociado del Mercado Común.

Pero la actitud gubernamental de oposición a la reconstitución del partido comunista provocó la creación del E. D. A., donde se integró toda la izquierda, tanto moderada como extremista. Por otra parte, la estabilización

de los salarios originó malestar social. Finalmente, la crisis de Chipre acabó de alterar los factores del problema. La situación empezó a complicarse claramente a partir de la caída de Caramanlis (1963). A partir de entonces, empezaron a sucederse gobiernos efímeros, aparte de dos elecciones legislativas en cincuenta días. La situación económica y financiera evolucionó desfavorablemente. En estas circunstancias se produjo la destitución de Papandreu. Con ella, el rey se anticipó a un golpe de Estado izquierdista, pero el país se dividió en dos bandos, originándose una situación anárquica incrementada por las luchas entre los diferentes partidos. Es de señalar la importancia que tuvo el E. D. A. en el desarrollo de la crisis que desembocó en la disolución del Parlamento (14 de abril) y culminó con el golpe de Estado incruento del Ejército de Tierra (21 de abril), con el objeto de poner término al desbarajuste reinante.

En el plano de los hechos, ese golpe de Estado fue una obra maestra que se debe al coronel Papadopoulos. En el plano político, el problema estriba en que los militares no son técnicos ni economistas, y necesitan colaboraciones para asumir el relevo después de haber salvado al país del peligro comunista. En el plano económico es preciso inspirar confianza al capital griego y extranjero para fomentar la indispensable prosperidad de Grecia. Esta es la tarea fundamental del presidente, Koulas. De fracasar en sus planes de desarrollo económico, por no contar con apoyos financieros y con la élite del país, cabe temer que los «coroneles», todos de origen modesto y que viven pobremente, pero impulsados por un ideal, instauren un régimen «nasserista» o «comunista nacional» en defensa de su acción de salvaguardia de Grecia frente al comunismo marxista. Es una posibilidad que ha de ser meditada por quienes detentan autoridad, dinero o gozan de influencia en el extranjero.

Año 23, julio de 1967

CHARLES E. BOHLEN: *Les Etats-Unis et l'Europe* (Los Estados Unidos y Europa), págs. 1149-1155.

El «discurso de adiós» de Jorge Washington determinó la política exterior norteamericana de aislacionismo durante cerca de siglo y medio. La intervención de los Estados Unidos en la primera guerra mundial fue un paréntesis en esa política. Al terminar el conflicto, se abstuvo de ingresar en la Sociedad de las Naciones, y volvió a su aislacionismo tradicional hasta el estallido de la segunda guerra mundial. Al principio, los Estados Unidos trataron de mantenerse neutrales, pero con matices. Así, estableció el programa de Préstamos y Arriendos con los aliados que nada tenía de neutral. El ataque a Pearl Harbour decidió la entrada de los Estados Unidos en el conflicto, pero concediendo el presidente Roosevelt la prioridad al teatro de operaciones europeo, pese a la considerable oposición que provocó la decisión.

Los Estados Unidos estimaron erróneamente que después de la guerra, su estrechamente aliada, Gran Bretaña, sería uno de los tres Estados que detentarían el poder militar y económico, junto con los Estados Unidos y la Unión Soviética, ya considerada como potencial enemigo. En contra de sus previsiones, a finales de 1946, Gran Bretaña declaró que no podía proseguir el esfuerzo de mantener la estabilidad política en Grecia y Turquía. Esta fue la causa del «plan greco-turco» de la primavera de 1947, origen de la política norteamericana de la postguerra e incluso de su política europea, centrada en primer término en el anticomunismo. Seguidamente, nació el Plan Marshall (junio de 1947), inspirado por el temor de que una Europa exhausta cayera en manos de la Unión Soviética. Este plan concretó el aspecto económico de la acción norteamericana en Europa.

En el aspecto militar, todo se deriva de la reunión de ministros de Asuntos Exteriores de Londres (1947), que puso de manifiesto el propósito soviético de mantener el *statu quo* en Alemania, pese a los riesgos derivados para Europa de tal situación. A la petición franco-británica de ayuda militar respondió, a principios de 1948, la resolución Vandenberg de envío de material de guerra, primer paso hacia la elaboración del Tratado del Atlántico Norte.

La política europea norteamericana en la postguerra tiene un carácter desinteresado por no implicar ningún beneficio material inmediato. Se trata de una política a largo plazo. Política y militarmente ha resistido a varias crisis (Corea, presión soviética en Berlín). La O. T. A. N. ha preservado la paz durante veinte años. La retirada de Francia de la organización se debe a una valoración de la desaparición de la amenaza soviética que estimo equivocada. En el plan económico, la política europea de los Estados Unidos ha sido un éxito. Lo proclama la prosperidad de Europa.

Nuestra política europea incluye la preocupación por la unificación de Europa, pese a lo limitado de nuestra acción en este ámbito. El mismo Plan Marshall fue exponente de ese deseo norteamericano de unificación por lo que abogan tres razones fundamentales: 1.ª, crear un marco en que Alemania tenga un lugar sin temor a los excesos de su nacionalismo; 2.ª, mejores condiciones para hacer frente a la amenaza soviética; 3.ª, posibilidad de situar las relaciones con los Estados Unidos en plan de igualdad. Una Europa unida habría de incluir a Gran Bretaña.

Nuestra política europea, en todos sus aspectos, se ha centrado en la Europa occidental por razones obvias. Los cambios que se producen actualmente en la Europa oriental sólo podrán ser valorados en el futuro en orden a la unificación de toda Europa. En cuanto a la amenaza soviética procede de factores esenciales que subsisten íntegramente, ya que no se ven afectados por la sedicente evolución de

la política exterior soviética. Esta aparente evolución se debe a factores estrictamente exteriores (organización de la defensa occidental, crisis de Cuba, problema de las relaciones con China) y no a cambios en el régimen soviético en sí. No es la primera vez que la Unión Soviética adopta la actitud conciliadora actual. La «coexistencia pacífica» se inició al morir Stalin, pero en 1958 estalló la crisis de Berlín que, superada, dejó a Berlín y a Alemania tal como estaban. Por ello, no comparto el optimismo de quienes creen que cambios profundos y permanentes se han producido en la Unión Soviética. De ahí que sea prematuro concluir que una mayor Europa sentaría las bases de la unidad europea, aunque tal pueda ser en el futuro. En esta espera quedan a resolver cuestiones pendientes en Europa, en particular la reunificación alemana y el estrechamiento de la unión de la Europa occidental.

Cualquiera que sea la evolución de la situación, los Estados Unidos proseguirán seguramente su política de cooperación con Europa, con la que están dispuestos a estudiar las modalidades de dicha cooperación.

C. M. E.

THE WORLD TODAY

Londres

Vol. XXIII, núm. 6, junio 1967

MARCUS WHEELER: *Greece: Grapes of wrath* (Grecia: las uvas de la rabia), págs. 231-239.

En la primera conferencia de Prensa dada en nombre del nuevo régimen después del golpe militar griego del 21 de abril, el coronel Papadopoulos, una de sus primeras figuras, defendió de esta manera su acción: «Tenemos al paciente en la mesa de operaciones. A menos que se le ate a la mesa no podrá curar de la enfermedad.»

De la «amenaza comunista» en Grecia, ¿qué se puede decir? Perennemente impopular por su política sobre Macedonia, derrotado y desacreditado en la guerra civil, declarado fuera de la ley en 1947, con su dirección depurada en 1956, el partido comunista griego (K. K. E.) no es una fuerza a la que se ha de tener en cuenta, y algunos sostienen que su legalización sería a la vez una manera prudente de combatir su influencia y pudiera colocar en situación embarazosa a la E. D. A. (Unión Democrática de Izquierda). Esta es una fuerza política seria y, después de 1956, cuando adoptó el programa del «Frente Unido por abajo y por arriba», y algunos de sus portavoces dejaron atrás la actitud de timidez por razón de la participación de Grecia en la O. T. A. N., hizo considerables progresos electorales. Su punto culminante llegó en las elecciones de mayo de 1958, cuando alcanzó los 79 diputados y el 24,43 de los votos populares, que le llevaron a ser durante un poco de tiempo el primer partido de la oposición. Con la formación de la Unión del Centro de Papandreu, sin embargo, su posición decayó grandemente, pero en las últimas tres elecciones su fuerza se ha mantenido con bastante constancia, con más de medio millón de votos, entre el 11 y el 15 por 100 de la votación total. A pesar de un aumento en el número de afiliados, de 23.000 en 1963 a casi 90.000 en 1965, no se podría decir que ha de tener la oportunidad de realizar avances dramáticos, salvo en circunstancias anormales; esto es precisamente lo que pudiera haber salido del golpe reciente, pues cometa o no la Junta de Gobierno la tontería de hacer mártires de los dirigentes de la E. D. A., es probablemente inevitable que acerque a sus víctimas del centro y la izquierda.

Sea cual sea la culpa de lo sucedido, es improbable que de nuevo surja la ocasión para que una «democracia coronada» funcione de manera eficaz, como parecía ser hace tres años. Para el futuro inmediato, las perspectivas son ciertamente de desolación.

RICHARD LOWENTHAL: *Germany's role in East-West relations* (El papel de Alemania en las relaciones Este-Oeste), págs. 240-249.

El conflicto entre la Unión Soviética y las potencias occidentales ha girado siempre en torno de Alemania. Pero la situación ha cambiado en los últimos años, y muchas de las pasiones del pasado se han gastado. Por el lado soviético no existe ya gran esperanza o interés en la conversión de la Europa occidental a un régimen de tipo comunista, y por el lado occidental, no es mucho ya el temor a un ataque soviético contra Europa; a ambos lados les gustaría volver la atención a problemas diferentes y olvidarse del conflicto Este-Oeste en Europa.

Ante la necesidad de optar entre la integración occidental y los esfuerzos de reunificación, la Alemania occidental se inclinó por lo primero. La actitud de los alemanes occidentales hacia la Europa oriental y la Alemania oriental quedó fijada: hacia la Europa oriental—el bloque soviético—la actitud fue de una alianza defensiva; hacia la Alemania oriental fue de que se trata de un Estado artificial que un día u otro habría de ser incorporado en alguna forma de arreglo, pero sobre lo que nada concreto se podría hacer de momento.

La actitud alemana fue cambiando gradualmente, sin embargo, por cosas como la interrupción del proceso de integración por disposición del general De Gaulle: el hecho simple de que la integración en la forma en que muchos alemanes se la imaginaron que habría de producirse—unidad política europea, sumergimiento de la soberanía nacional en un superestado europeo occidental—había quedado clara y firmemente bloqueada por el renacimiento de una política de egoísmo nacional—el interés nacional ante todo—de Francia. Otro factor no menos importante, aunque de carácter más positivo, fue la reemergencia gradual de las identidades nacionales individuales entre los Estados vecinos de la Europa

oriental. Es importante el hecho de que los alemanes descubriesen que ya no se encontraban tratando en el Este con el imperio pseudomonolítico de Stalin, sino con una nación polaca, una nación checa, una nación húngara, y así sucesivamente. Un descubrimiento hecho no sólo a nivel político, sino a nivel económico también.

Finalmente, y de particular importancia para la generación joven, ha sido el muro de Berlín, que, en cierta manera, marca el punto en el que la anterior política alemana entró en un callejón sin salida. Dejó muy en claro que la partición de Alemania no desaparecería sencillamente siempre que uno ignorase su existencia, y que la integración y fortaleza del Occidente no bastaban para resolver este problema. Dejó bien en claro, es más, que, en fin de cuentas, los alemanes occidentales tienen un fundamental deber político y moral para con sus propios parientes al lado del muro.

PHILIPPE DEVILLERS: *French policy and the second Vietnam war* (La política francesa y la segunda guerra del Vietnam), págs. 249-262.

La guerra del Vietnam se va convirtiendo más y más en una confrontación de la mayor importancia entre el Este y el Oeste. Quizá será más exacto decir, sin embargo, que se ha convertido en una prueba de fuerza entre el mundo de los ricos y el mundo de los pobres, y de aquí que se corra el riesgo de producir una ruptura política de la humanidad a largo plazo. Por esta razón, en el caso de no haber otras, es de una importancia suprema para las gentes de Europa.

Sólo después de resolver el problema de Argelia, con el retorno a la estabilidad política y la recuperación financiera y económica, pudo el general De Gaulle volver de nuevo la atención hacia Asia.

Estimulado por los vietnamitas anti Diem a intervenir, el presidente De Gaulle comunicó con claridad sus pun-

tos de vista al presidente Kennedy durante su entrevista en París, en junio de 1961: el conflicto del Vietnam no era capaz de tener solución militar, era un problema político y sólo podría resolverse mediante la acción política. Francia estaba dispuesta, si se lo pedía, a ayudar a los Estados Unidos a encontrar una solución pacífica y honorable. En resumen, era la cuestión de reconstruir un Gobierno democrático y representativo en Saigón capaz de negociar el fin de la rebelión.

Pero el presidente Kennedy no siguió este consejo. Tres semanas antes había enviado al vicepresidente Johnson al Vietnam para informarle de la situación. Después de tres días allí (mayo 11-13), Johnson regresó siendo un partidario encendido del régimen de Diem, cuyo jefe calificó como «el Winston Churchill de Asia». El comunicado de los Estados Unidos y el Vietnam, del 13 de mayo de 1961, fue de hecho una declaración de guerra contra la «subversión del Vietcong».

La evolución de la guerra desde 1962 ha demostrado que el pueblo del Vietnam del Sur está dispuesto a hacer los mayores sacrificios para acabar con el odiado régimen que, con ayuda extranjera, ha buscado, busca todavía, permanecer aferrado al poder cueste lo que cueste.

El Gobierno francés ha presentado varias propuestas para contener el desarrollo de la escalada continua, pero cada iniciativa ha ido seguida de una extensión de las operaciones de los Estados Unidos o de un endurecimiento de la actitud. Así, la oferta del general De Gaulle del 23 de julio de 1964 de convocar de nuevo la Conferencia de Ginebra se encontró con la respuesta negativa del presidente Johnson, y poco después con el incidente del golfo de Tonkin, que dio a la Casa Blanca la ocasión de obtener plenos poderes del Congreso (agosto de 1964).

CHRISTOPHER GEORGE: *Brazil: the revolution and the political party structure* (Brasil: la revolución y la estructura de partidos políticos), páginas 262-268.

Uno de los actos más significativos del Gobierno «revolucionario» que asumió el poder en el Brasil con el golpe de abril de 1964 ha sido la reforma completa de la estructura de los partidos políticos. De ella salieron dos partidos: el gubernamental, Alianza Renovadora Nacional (A. R. E. N. A.), y el de oposición, Movimiento Democrático Brasileiro (M. D. B.).

La era de Vargas (1930-45) constituyó una vertiente política en la que empezaron a manifestarse los comienzos de la ideología. Los partidarios de la revolución de 1930, que llevó a Getulio Vargas al poder, formaban un conjunto muy mezclado, en el que se incluían a los oligarcas de Río Grande do Sul, Minas Gerais y el Nordeste, y a liberales de todo el Brasil, pero entre los que había dos grupos con acusado contenido ideológico: los *tenentes* y lo que de ellos salió posteriormente, los *Integralistas*. Los *Integralistas*, que adoptaron al principio actitudes fascistas y fueron suprimidos en 1938, después de una rebelión fracasada, no tienen por qué preocuparnos, pero los *tenentes* son importantes en el Brasil de hoy.

El nombre de *tenentes* (tenientes) fue dado al grupo formado por los jóvenes oficiales del Ejército, que, profundamente descontentos con el *sitacionismo* y la corrupción de la antigua República, y con el deseo de llegar a las reformas políticas, económicas y sociales, organizaron rebeliones sin éxito contra el Gobierno en 1922 y 1924, antes de sumarse al movimiento revolucionario de 1930. Han sido comparados por los especialistas políticos con los jóvenes turcos del imperio otomano anterior a 1914 y con los nasseristas de Egipto. Su importancia hoy día está en el hecho de que varios de ellos han llegado en estos años 60 a ejercer influencia sobre el Gobierno re-

volucionario. Entre ellos se encuentran los mariscales Eduardo Gomes y Juárez Távora y el general Juracy Magalhaes (respectivamente, ministros del Aire, Obras Públicas y Asuntos Exteriores, bajo el presidente, Castello Branco); muchos de sus principios, incluido el de la primacía de la empresa privada, la suprema importancia de la Unión sobre los Estados y del poder ejecutivo sobre la legislatura y el poder judicial y la subordinación de la práctica democrática a un Gobierno fuerte, se han convertido en parte sustancial de la «filosofía de la revolución».

Aliados en un principio de Getulio Vargas, los *tenentes* rompieron más tarde con él sobre varias cuestiones, en particular la creciente tendencia hacia el estatismo desplegada por su gobierno y la corrupción creciente de su régimen, que se consideró como un factor subversivo de la disciplina nacional.

Vol. XXIII, núm. 7, julio 1967

Notes of the month. The U. S. S. R. and the Arab-Israeli conflict (Notas del mes. La U. R. S. S. y el conflicto árabe-israelí), págs. 269-278.

El Gobierno soviético ha sido partidario abierto en el conflicto árabe-israelí, ha condenado la «agresión» israelí y ha expresado un apoyo total a la causa de los Estados árabes. En consecuencia, la derrota militar árabe, junto con la no intervención soviética en su favor, y el no haber conseguido la condena de Israel y el retorno a la línea de armisticio en las resoluciones de alto el fuego del Consejo de Seguridad, ha sido interpretado como aplastantes contrariedades diplomáticas de la U. R. S. S., y hasta, según las palabras de una publicación (*U. S. News and World Report*, junio 19), como «la contrariedad más humillante para los rusos desde la crisis de los proyectiles en Cuba, en 1962».

Una apreciación así, ¿está justificada? Un punto de vista más cauteloso

—que, aun cuando los rusos pueden haber interpretado muy mal la situación en el Oriente Medio, los intereses vitales soviéticos no han sido puestos en peligro (como sucedió en el caso de Cuba—parece surgir del escrutinio de la reciente conducta soviética y las declaraciones hechas contra el fondo de la política en la región durante los últimos quince años. Primero, lo que no es el caso de las grandes potencias occidentales, la U. R. S. S. no se juega intereses económicos en el Oriente Medio. Se ha insistido mucho en esto como evidencia de la pureza de sus intenciones. La afirmación ha sido corroborada, sin embargo, por portavoces occidentales: el presidente Eisenhower, por ejemplo, en su enunciación de la «Doctrina de Eisenhower» sobre el papel de los Estados Unidos en el Oriente Medio, aun cuando sacó de ello una inferencia muy distinta, que «la razón del interés de Rusia en el Oriente Medio es exclusivamente la de una política del poder». En segundo lugar, los intereses ideológicos soviéticos han estado generalmente, desde 1955, subordinados a las consideraciones de la política exterior del momento (a pesar de las protestas periódicas sobre el trato a los comunistas en Egipto, Iraq y Jordania y las explosiones de Jruschev contra el nasserismo anticomunista en 1959 y el nacionalismo árabe en 1964). Los chinos han buscado, por supuesto, explotar este aparente sacrificio cínico del partido a los intereses del Estado; pero se pasaron de rosca (particularmente con los preparativos para la conferencia «segunda de Bandung», que se había de celebrar en Argel en 1965). En tercer lugar, los intereses estratégicos soviéticos en la región parecen, objetivamente, estar más seguros hoy que hace diez años, gracias al debilitamiento de la C. E. N. T. O. y la mejoría acusada en las relaciones soviéticas con Turquía, el Iraq y el Irán. A pesar de todo, los comentarios de Prensa y radio soviéticos, vale la pena advertirlo, han relacionado persistentemente las «intrigas imperialistas» en el Oriente Medio con el golpe militar del 21 de

abril en Grecia como parte de una hipotética ofensiva estratégica de los Estados Unidos y la O. T. A. N.

PHILIP WINDSOR: *The Middle East and the world balance* (El Oriente Medio y el equilibrio mundial), págs. 279-285.

A pesar del desastre inmediato para los Estados árabes en la guerra del pasado junio, los efectos a largo plazo de este desastre dependen de muchos otros factores, tanto dentro como fuera de las sociedades árabes. El mismo Israel se encuentra ante un dilema difícil. Porque si una vez más ha «comprado tiempo», lo ha hecho mediante el pago de un precio doble. Primero, la naturaleza de la guerra y la posterior insistencia israelí en negociaciones «cara a cara» con los Estados árabes (negociaciones que se habrían de parecer mucho a un *Diktat*, en opinión de la gran mayoría de los observadores externos), han asegurado que, de no crearse una paz duradera, Israel habrá de cargar con el peso de la responsabilidad por la génesis y curso de futuros conflictos. Al mismo tiempo, sin embargo, la implicación de los intereses de las grandes potencias en la región asegura que, cualquiera que sea su éxito en la guerra, Israel no podrá «marchar sola» al hacer la paz. La combinación de estos dos hechos no sólo ha agudizado el dilema perpetuo israelí entre el intento por asegurar una tregua ventajosa y tratar de crear una paz perpetua: ha hecho prácticamente imposible que el dilema pueda ser resuelto.

Parece, pues, que en el interés, tanto de Israel como de los Estados árabes, deberían intervenir las grandes potencias, con o sin las Naciones Unidas. Y alguna forma de intervención es inevitable. Pero si en realidad el hecho de esta intervención puede actuar en favor de los intereses de ambas partes —es decir, crear una paz duradera e inducir a los Estados árabes a reconocer que, a la larga, por ahí está la de-

fensa de sus intereses—depende de la forma de intervención y, por encima de todo, de las relaciones entre los Estados Unidos y la Unión Soviética. A menos que estas dos potencias logren asentar las relaciones sobre la base de alguna forma de reconocimiento de un interés común, ninguna cantidad de buenos oficios o misiones de mediación podrá ir más allá de la perpetuación de su misma necesidad. Porque lo que *está* claro es que se ha quebrado definitivamente el antiguo esquema para el mantenimiento de la estabilidad en el Oriente Medio.

Los Estados Unidos, al proclamar la neutralidad, y forzar, de hecho, a la U. R. S. S. a mantenerse neutral en la guerra, han conseguido no sólo persuadir a la Unión Soviética que no vale la pena intervenir; ha hecho también muy difícil para cualquier futuro Gobierno soviético ofrecer a los dirigentes árabes apoyo convincente en su confrontación con Israel. Podría sostenerse que desde este punto de vista el resultado de la guerra ha sido afortunado en extremo, no en términos del «equilibrio del poder», que había cambiado en favor del Occidente, sino de acabar con la confrontación soviético-americana que mantenía el *statu quo* en el Oriente Medio al lanzar a Israel contra los vecinos árabes. Sería ingenuo sostener que éste ha sido el resultado. Pero la imposibilidad a largo plazo de volver a la situación de la preguerra ha dado a las dos superpotencias la oportunidad (quizá por vez primera) de trabajar conjuntamente en el Oriente Medio.

ABBAS KELIDAR: *The struggle for Arab unity* (La lucha por la unidad árabe), págs. 292-300.

En años recientes el concepto de la unidad árabe ha tenido por compañía la idea del socialismo revolucionario, que ha tendido a hacer sombra a la hostilidad nacionalista hacia el Occidente. El anticolonialismo ha continuado siendo el grito de guerra, pero desde 1958 ha habido un cambio de én-

fasis en las corrientes de la política radical del mundo árabe, y esto ha recibido un gran ímpetu con la emergencia de la República Árabe Unida y la República del Iraq. La presencia de estas dos repúblicas en la escena política árabe ha conducido a la identificación de los contrarios a la unidad árabe como «reaccionarios», es decir, los monarcas hereditarios, los políticos oligarcas y los ricos terratenientes y hombres de negocios, que han encontrado más fácil la protección de sus intereses políticos y económicos en el mantenimiento del mundo árabe dividido. Su supuesta actitud de descanso y colaboración con las potencias occidentales se ha presentado como nada más que una faceta de su actitud reaccionaria. A primera vista, la división en el mundo árabe parecer ser una lucha entre las monarquías, con su base aceptada y tradicional de legitimidad, y las repúblicas establecidas recientemente, en busca de una fórmula fresca de legitimación de su mando al responder a las aspiraciones políticas de las masas en su propio territorio y más allá. Pero de un examen más minucioso se desprende con claridad el hecho de que la división es en realidad una lucha por la dirección del mundo árabe por partes contendientes. Es más, esta división no es algo tan preciso como mucha gente parece pensar, ni descansa sobre una base ideológica real. Las diferencias entre los «revolucionarios» y los «reaccionarios», no importa lo real que pudieran haber sido, han tenido que ceder de tiempo en tiempo a las exigencias políticas. El apoyo y la cooperación activa ofrecidos a Egipto, Siria y Jordania por otros Estados árabes, sin consideración alguna a su anterior identificación política, se vio muy realzado con la guerra árabe-israelí de junio.

El establecimiento de la R. A. U. ha sido considerado como la mejor realización del movimiento para el nacionalismo radical y el socialismo revolucionario. Una tumultuosa ola de entusiasmo recibió la unión en los dos países interesados y en el resto del mundo árabe. Se consideró como el punto de

partida en la historia del movimiento; la iniciativa pasó a los nacionalistas revolucionarios, que esperaban que los pueblos de otros Estados árabes se alzaran contra sus opresores y se incorporasen a la unión. Iraq y Jordania se dieron prisa a protegerse con una federación suya propia, pero la revolución del Iraq en 1958 pronto acabó con ella. También fue borrando la distinción que se había ido desarrollando entre «reaccionarios» y «revolucionarios».

J. M.

COMMONWEALTH JOURNAL

Londres

Vol. X, núm. 2, abril 1967

GEORGE SHEPPERSON: *Malawi, the Land of the Lake* (Malawi, la tierra del lago), págs. 71-76.

Malawi (otra manera de escribirlo es «Maravi») es un término general con asociaciones de unidad política y étnica para muchos, pero no todos, los pueblos africanos de las tierras que bordean el lago por el Oeste y el Sur. En varios idiomas tiene una significación direccional, que sugiere, que hace referencia a un tiempo ya largamente pasado cuando lo que ahora es, en líneas muy generales, el Malawi moderno estaba ocupado por gentes de lengua bantú procedentes del Sur o del Oeste. Para los «tenga» significa al Sur. Para los «yao» es mañana. Para los «ingoni» y otros guarda asociación con las lenguas de fuego, quizá una referencia al ángulo al que los rayos del sol se posan en el lago. Zonas más secas que las otras durante la temporada de las lluvias son conocidas como *malawi*, que quiere decir que son eminentemente adecuadas como lugares de descanso para las gentes migratorias. Tiene la palabra otras asociaciones.

Un sacerdote católico, el padre J. M. Schoffeleers, en una tesis fasci-

nadora sometida el año pasado a la Universidad de Oxford, sostiene que Malawi o Maravi es un nombre arcaico de los espíritus ancestrales que eran, según sus palabras, considerados también como llamas. «Por todo el país —dice—, desde la tierra de Chewa hasta el Zambesi, hay lugares llamados Malawi, en su mayoría lagunas, colinas y matorrales. Es claro que tales lugares diversos tienen un nombre idéntico debido a algún factor común. Este factor—sostiene el padre Schoffeleers—es que todos eran o son centros en los que los espíritus ancestrales eran adorados de una forma u otra.» Cualesquiera asociaciones que Malawi pueda tener para los pueblos africanos—y son muchas, complejas e hipotéticas—, probablemente hizo su aparición primera en los mapas europeos bajo la forma de «Maravi» a principios del siglo XVII, y parece ser el nombre en todos los mapas por lo menos hasta finales de la década de 1850 para designar al país y pueblos próximos al gran lago centroafricano.

El hermano de David Livingstone, Charles, que le acompañó en la expedición al Zambesi cuando por vez primera avistó lo que posteriormente llamó el lago Nyasa, escribió que «en el sudoeste tenemos a Maravi. Nunca oímos hablar de Wanyasa (de Nyasa), salvo entre los árabes». A la vista de todo esto, parece extraordinario que Livingstone y otros, desde mediados del siglo XIX en adelante, empleasen la expresión tautológica Lago Nyasa, que simplemente quiere decir, aproximadamente, «lago» dos veces, en vez de hablar adecuadamente del lago Maravi o el lago Malawi, que alude a un grupo de pueblos de las riberas unidos por lazos políticos, económicos y religiosos.

TANGYE LEAN: *The Importance of Information Overseas* (La importancia de la información para el exterior), págs. 79-85.

Al final he llegado a pensar en las fuerzas que controlan la información para el exterior como una persona que

nos impide hacer lo que debería ser hecho. Pero son, es de suponer, nada más que establecidas maneras de pensar que actúan sobre el problema como un fragmento del interés nacional.

Los rusos empezaron las emisiones en lenguas extranjeras en 1917. La B. B. C. no inició su Servicio Imperial hasta 1932, y en un principio se vio limitado de manera específica al idioma inglés a pesar de las protestas de lord Reith, que era entonces director de la B. B. C.

La B. B. C. salió de la segunda guerra mundial como la más importante de las emisoras del mundo. Emitía en más lenguas que las demás, y era, por tanto, la más audible; con más tiempo en el aire; era la de más autoridad, porque el Gobierno le permitió continuar fiel a la política original de lord Reith de decir la verdad, clara y llanamente. Más adelante, cuando el resto del mundo buscó imitarla, se fue reduciendo.

Coincidiendo en general con la llegada de la independencia, el número de lenguas se fue contrayendo.

Durante todo este tiempo, el número de receptores no dejaba de aumentar. Al principio, eran de la propiedad de unos cuantos privilegiados, y fue demostración de la fe de Lenin en el futuro el haber establecido tan temprano la política de las emisiones hacia el exterior. Para 1955 había más de 200 millones, y para 1966, más de 500 millones, es decir, un promedio de un receptor para cada seis habitantes del mundo.

La política rusa ha sido constante y consistente. Han ido subiendo los idiomas de sus emisiones hasta ser el doble de los nuestros (los ingleses), y jamás abandonaron una lengua una vez iniciadas las emisiones en ella, por lo que alcanzan ahora las zonas de las cuales nos hemos retirado nosotros. Su ejemplo ha sido copiado por El Cairo y Pekín, por lo que los tres conjuntamente—El Cairo, Moscú y Pekín—emiten actualmente en 38 lenguas que no encuentran respuesta alguna de la B. B. C. o la Voz de América. Estas lenguas son habladas por 300 millones

de gentes, la mayoría de ellas de la Commonwealth. Aparte el hecho de ser muchas minorías subprivilegiadas, hay en ellas dos peculiaridades. En su gran mayoría son gentes analfabetas y tienen un apasionado deseo de disponer de receptores de radio.

J. M.

INTERNATIONAL AFFAIRS

Moscú

Núm. 4, abril 1967

Y. SHEVEDKOV: *Evolution of U.S. Liberalism* (La evolución del liberalismo de los Estados Unidos), págs. 18-23.

Una característica de la situación política nacional de los Estados Unidos es la progresiva desintegración reciente de la coalición de las diversas fuerzas políticas que, en las elecciones de 1964, infligieron una derrota decisiva al candidato presidencial ultraderechista Barry Goldwater.

El descontento profundo en anchos círculos estadounidenses producido por la guerra bárbara y desesperada contra el pueblo vietnamita está intensificado por el agudizamiento de los problemas salidos de la guerra.

Existe el peligro de que las fuerzas de la derecha intenten en las próximas elecciones presidenciales explotar el descontento de los votantes con la política de la actual Administración para desviar el desarrollo político del país hacia la reacción extremada y el racismo.

En escala nacional, las fuerzas liberales del partido demócrata, que en las elecciones de 1964 actuaron como contrapeso del empeño de los ultraderechistas por alcanzar el poder, parecen haber perdido su identidad. Algunos dirigentes de los liberales, con el vicepresidente, Humphrey y el embajador en las Naciones Unidas, Goldberg, a la

cabeza, han seguido la dirección de la Administración Johnson y juegan un papel activo en la campaña de agresión en Vietnam. Otros dejaron de tener una participación muy activa en la política para acabar mostrándose más enérgicos, según Walter Lippmann, en la posición de contrapeso de los intentos del presidente por convencerlos para que se pasen al campo en que estuvo antes Goldwater.

Esto hace pensar en el liberalismo norteamericano, lo que es y significa. Un historiador norteamericano (Christopher Lash, en *The American Liberals and the Russian Revolution*) dice esto sobre la situación que se produjo en el movimiento liberal norteamericano desde la revolución en Rusia: «Si la cuestión de la guerra escindió al liberalismo norteamericano en secciones opuestas, la cuestión de la revolución ensanchó la ruptura, hasta que en muchos casos ha resultado imposible para hombres que antes habían trabajado juntos en el curso de la reforma social y política, descubrir terreno alguno en el que pudieran encontrarse de nuevo.»

La situación a que se ha llegado se refleja en cosas como la caída de la organización Americanos para la Acción Democrática, que de 40.000 miembros en 1953 había bajado a 18.000 en 1959, mientras que los jóvenes de esta organización pasaron de 3.500 en 1948 a 600 en 1956 y a 250 en 1961. El semanario *The Nation* tenía motivos sobrados para escribir: «... el liberalismo convencional de nuestros días ha agotado su potencial social.»

Y GODUNSKY, V. SELIVANOV: *«Apostles of peace» in Latin America* («Apóstoles de la paz» en la América Latina), págs. 25-28.

El llamado Cuerpo de la Paz, establecido por el Gobierno de los Estados Unidos para dar realidad a uno de los numerosos programas preparados bajo la Alianza para el Progreso, en 1961, se ha convertido en una de las agencias a través de las cuales Washington

espera desorganizar el movimiento de liberación nacional en la América Latina y fomentar la política neocolonialista de los Estados Unidos.

La tarea principal del Cuerpo de la Paz es anunciar la manera americana de vida, introducir la política exterior de los Estados Unidos, presentar un cuadro atractivo del desarrollo capitalista y luchar contra el comunismo.

«El hincapié en la América Latina —dice un periódico (*The New York Times*)—se está convirtiendo ahora en la política del Cuerpo de la Paz.» Hasta el 1 de marzo de 1962, este Cuerpo actuaba en sólo tres países latinoamericanos y contaba únicamente con 122 voluntarios, pero hoy tiene 5.500 en 18 países latinoamericanos.

El Cuerpo de la Paz ha acelerado su actividad en la América Latina principalmente por ser una región de excepcional importancia para el imperialismo de los Estados Unidos, y porque el movimiento de liberación nacional ha crecido mucho desde la revolución en Cuba.

El propósito de los voluntarios es convencer a los latinoamericanos que la política de los Estados Unidos está de acuerdo con sus intereses nacionales. La realidad es que las décadas de salvaje explotación de los monopolios de los Estados Unidos han demostrado lo contrario y está muy generalizada la desconfianza y hasta la hostilidad hacia los Estados Unidos en los países al sur del Río Grande.

Para llevar a cabo su especie de «ofensiva moral» en la América Latina, la Dirección del Cuerpo de la Paz selecciona con cuidado y entrena a los voluntarios de la paz. Un voluntario que abandonó el Cuerpo dijo lo siguiente: «Sicólogos y siquiatras nos lavan el cerebro y mantienen una vigilancia constante sobre nosotros. Supongo que el Departamento de Estado ha sido el alma de todo esto, y que por eso apenas ha habido conversaciones no formales sobre tema alguno... He estado bajo la impresión de que todos nos encontrábamos sometidos a control. Cada noche, nuestras clases contaban con la asistencia de hombres extraños que nos

observaban y tomaban notas.» (Cita de *Política Internacional*, Buenos Aires, mayo-junio 1966.)

Una parte importante de la actividad de los voluntarios es la enseñanza, que equivale a un lavado de cerebro de los latinoamericanos, en su mayoría gente joven. Un periódico educacional norteamericano (*Higher Education*, abril 1960), de Wáshington, ha llegado a decir: «Hay muchas indicaciones de que estamos usando la educación como instrumento principal para el logro de nuestros objetivos internacionales.»

I SHATALOV: *South-East Asia in the Military Strategic Plans of Imperialism* (El Sudeste Asiático, en los planes militares estratégicos del imperialismo), págs. 48-55.

La política agresiva del imperialismo de los Estados Unidos en el Sudeste Asiático es uno de los elementos más importantes de su política exterior. En esta región, como en todas las demás, los Estados Unidos están tratando de las dificultades concretas que han surgido para montar una ofensiva general con el propósito de fortalecer sus posiciones.

La llamada teoría del vacío ha sido puesta de actualidad otra vez. Ahora los políticos y estrategias de Wáshington creen que el debilitamiento de las posiciones de China en el Sudeste Asiático les abre posibilidades muy definidas.

Al jugar con el empeoramiento económico, divisas, finanzas, alimentación y otras dificultades en la mayoría de los países de la región, la diplomacia de los Estados Unidos ejerce presión con miras a la imposición de acuerdos económicos desiguales con miras a mantenerlos como fuentes de materias primas, mercados para la venta de sus productos y esferas de inversión.

En sus planes militares estratégicos, Wáshington va echando los cimientos de un sistema de bases y bloques, regímenes marioneta y países a los que se llama aliados para llevar adelante ac-

ciones militares colectivas y para el uso de sus propias fuerzas armadas, en particular las organizadas como unidades móviles, especie de brigadas contra incendios, destinadas a la lucha contra los pueblos independientes.

La política de abrir camino al capitalismo de los Estados Unidos empezó el siglo pasado, en el Japón, con el recurso de la violencia. La misión «civilizadora» hizo posible ahogar en sangre la rebelión Tai-ping y aplastar el movimiento guerrillero en las Filipinas. Cuando, como resultado de la segunda guerra mundial, el imperialismo norteamericano se había establecido en las islas del Japón, en la Corea del Sur y más tarde en Taiwan, Washington lanzó la consigna: «El Pacífico es un lago norteamericano.» La agresión en el Vietnam es la quinta gran guerra en que los Estados Unidos han venido luchando en el Pacífico.

Al hablar del futuro excepcional de Asia y el impulso tradicional que mueve a los norteamericanos hacia esa parte del mundo se encubren las acciones bárbaras emprendidas contra los pueblos de Asia. El 6 de agosto de 1945 pasará a la Historia como la fecha del primer bombardeo atómico de una población civil.

Incluso por aquellos días, especialistas políticos y militares habían reconocido de manera unánime que el bombardeo atómico no era necesario por consideraciones militares, puesto que la salida de la guerra estaba ya decidida. A juicio de un hombre de ciencia inglés, el profesor Blanckett, *el lanzamiento de las primeras bombas atómicas no fue tanto el último acto de la segunda guerra mundial como el primero de la guerra fría. Fue esencialmente la primera declaración de una nueva estrategia militar en Asia, la doctrina del chantage total.*

Sería una grave equivocación pensar que la doctrina de los Estados Unidos en Asia se reduce al Pacífico y el Lejano Oriente. El duro conflicto sobre Indochina demuestra que Washington considera el océano Pacífico, los países del Asia del Sur y Sudeste, Australia y Nueva Zelanda y el océano Indico

también, como un todo estratégico del cual es Indochina la medula.

S ROMANOVSKY: *Misuse of Cultural Cooperation* (Mal uso de la cooperación cultural), págs. 56-61.

Desde la segunda guerra mundial, y en particular en años recientes, ha habido un aumento acusado en los contactos culturales y científicos entre Estados y pueblos. En el establecimiento y expansión de estos contactos, la U. R. S. S. persigue objetivos que están en consonancia con las aspiraciones de todas las naciones. La Unión Soviética tiene lazos culturales con más de un centenar de países.

En los Estados Unidos, los contactos culturales han sido proclamados abiertamente como medios de subversión ideológica del imperialismo norteamericano. (En un informe preparado por una lista de grandes personalidades, pilares del anticomunismo, como R. I. Bowie, Z. Brzezinski, R. Emerson, B. Schwartz y una docena más, se llegó a una conclusión principal como ésta: «La ideología se ha convertido así en un significativo factor de las relaciones internacionales. La característica de estas ideas políticas, sus propósitos y sus imágenes tiende a afectar las relaciones entre los Estados.»)

En su lucha contra el progreso, los imperialistas de los Estados Unidos consideran los contactos culturales como suplementos en gran parte de los medios de expansión económica y político-militar. La llamada ayuda económica ha quedado desacreditada por completo y los pueblos se han llegado a dar cuenta que ha sido un intento por imponerles la voluntad del imperialismo norteamericano.

En *The Fourth Dimension of Foreign Policy: Educational and Cultural Affairs*, Philip H. Coombs, ex director general de Relaciones Culturales del Departamento de Estado, describe las relaciones culturales como la cuarta dimensión de la política exterior, por ser las otras tres las relaciones económicas, políticas y militares. «... Los contactos

políticos, económicos y militares tienen cada uno—dice—sus limitaciones. El componente educacional puede, de muchas maneras, reforzarlos, y mediante un empleo imaginativo, puede lograr cosas fuera de su alcance, añadiendo así fresca vitalidad, profundidad y flexibilidad a la política exterior de los Estados Unidos.» Las relaciones culturales, dice también en este libro, publicado en 1964, han de fomentar «una comprensión más ancha y profunda de los Estados Unidos por parte de otras naciones y pueblos, de tal modo que la política y comportamiento de esta nación sean comprendidas con precisión y mayor simpatía».

Es ésta una confesión franca de que los contactos culturales internacionales de los Estados Unidos están subordinados a los mismos propósitos que su política exterior, es decir, a los propósitos de la agresión.

N SHISHLIN: *Spain on the Eve of Change* (España en la víspera del cambio), págs. 62-68.

Los acontecimientos en España han continuado llamando la atención. No hace mucho pasé yo allí unas pocas semanas.

Madrid, Toledo, Sevilla, Córdoba, Granada, Salamanca..., nombres todos de las mismas ciudades españolas que le inspiran a uno sueños románticos para despertar en los sueños de lo exótico que no le producirán a uno desilusión alguna.

No tengo más remedio que confesar que las guías turísticas no exageran en lo más mínimo cuando prometen al turista experiencias únicas. Pero resulta difícil advertir con este paraíso turista a la vista cómo viven los españoles.

Un hombre con el cual hablé me dijo: «Durante demasiado tiempo, los españoles hemos sido Don Quijote; ahora queremos ser Sancho Panza.» Estába-

mos hablando de la «prosperidad» de España.

Desde 1959, la industria ha estado creciendo. En siete años, la producción bruta nacional se ha doblado.

Puede uno ver indicios de prosperidad por todas partes. Mucha construcción. Casas nuevas y empresas industriales están surgiendo en Madrid, Barcelona, Bilbao y otras poblaciones. El vidrio, el metal y el cemento en nuevas formas arquitectónicas están cambiando rápidamente la cara tradicional de España. Hay una gran variedad de artículos en los comercios. Hay cola para la compra del automóvil económico. Las normas de vida de la Europa occidental penetran gradualmente en la vida española. Los hombres de negocios de España dicen: «Estamos metidos en la revolución técnico-industrial.»

La industria turística, posiblemente el estimulante más importante de la prosperidad española, da mayores y mejores rendimientos. Los españoles mismos dicen que es «el carbón de la economía española». En el Gobierno de Franco, el puesto de ministro de Información y Turismo es uno de los más influyentes.

Los 130 hombres o cosa así de los Consejos de Administración de los «Cinco Grandes» y el Banco Urquijo controlan un total de 745 empresas, con la mitad del capital en acciones de España. Los grandes negocios tratan de cruzar los Pirineos. Pero la clase obrera española tiene otras preocupaciones. Las normas de vida son bajas todavía.

Pasamos sólo un tiempo corto en España, pero jamás olvidaré mis reuniones con gentes españolas, el calor y la sincera amistad con que agasajaron al pueblo soviético y su profundo interés y simpatía por nuestro país. Escribieron muchas cosas, y, en general, en tono amistoso, sobre la Unión Soviética. El pueblo español es orgulloso y ama la libertad.

Núm. 5, mayo 1967

- i ORLIK, V. RAZMEROV: *European Security and Relations between the Two Systems* (La seguridad europea y las relaciones entre los dos sistemas), págs. 7-8.

Las informaciones relacionadas con los acontecimientos que están cambiando la situación europea, rompiendo el hielo de la guerra fría y fundiendo los «icebergs» que todavía amenazan la paz universal excitan un interés público siempre creciente en Europa y a través del mundo.

A pesar de los acontecimientos amenazadores que se van produciendo en otros continentes, Europa es el foco mundial de las contradicciones políticas. Es en Europa donde los dos sistemas están en confrontación directa y donde están concentradas enormes fuerzas políticas y militares, y también es en Europa donde abundan los problemas sin resolver con la amenaza de conflictos peligrosos.

La necesidad de garantías para la seguridad europea se debe a un número de factores que hacen que los pueblos de Europa insistan más y más en una solución pacífica de los problemas europeos. El actual sistema de relaciones europeas y la política agresiva de los Estados Unidos y la Alemania occidental no ofrecen garantías contra la posibilidad de aventuras desesperadas por parte de algunos países imperialistas.

En la Europa occidental, en particular en la República Federal de Alemania, hay depósitos gigantescos de armas nucleares de los Estados Unidos, que están creciendo constantemente. Según el alemán *Wehrkunde*, el número de armas nucleares de los Estados Unidos en Europa ha subido en un 2 por 100 entre 1961 y 1966. Hay 7.000 armas nucleares, principalmente norteamericanas, en la Europa occidental.

Los Estados Unidos han lanzado 500.000 soldados a la guerra sucia contra el pueblo vietnamita. Para continuar la guerra fría en Europa nada

más; los Estados Unidos y la Alemania occidental, su principal aliado, usan casi el doble de hombres y una gigantesca cantidad de armas nucleares, además.

Estos hechos demuestran claramente la importancia de los problemas militares en Europa y la necesidad vital de una *détente* política y militar mediante la liquidación de las bases militares extranjeras en territorio europeo y la retirada de las tropas extranjeras. La política exterior de los países socialistas europeos es de enorme importancia para la paz, la reducción de las tensiones y, en un último análisis, la seguridad de los pueblos europeos.

Los países socialistas europeos forman el núcleo, el espinazo del mundo socialista.

- V. PANFILOV: *West Germany's Foreign Policy Impasse and the Big Coalition* (El «impasse» de la política exterior alemana occidental y la Gran Coalición), págs. 9-14.

Parece como si los círculos monopolistas de la Alemania occidental tuviesen puestas las esperanzas en la gran coalición del canciller Kiesinger. El imperialismo alemán occidental trata de aprovecharse de la situación para fomentar sus propios fines. Tiene prisa por tomar medidas que acaben con la resistencia organizada de los sindicatos de izquierda, con la oposición de la opinión pública y para eliminar la democracia todavía nominalmente garantizada por la Constitución Federal. Esto dejaría las manos libres para la agrupación monopolista que considera el presente y el futuro de la Alemania occidental sólo a la luz de la militarización y la venganza. Al mismo tiempo, Bonn ha maniobrado todo lo que ha podido para la exhibición de «buena voluntad» en los asuntos internacionales.

Durante mucho tiempo ya, el imperialismo de la Alemania occidental ha venido usando la creciente potencia económica del país, y no sin éxito, para

e'l fomento de su política exterior. de manera específica en su avance dentro del Mercado Común y otros grupos capitalistas. La expansión económica de los monopolios de la Alemania occidental ha servido de base para la ancha expansión política de Bonn y ha ayudado en gran parte a instalar a los generales de la *Bundeswehr* en los principales organismos y estados mayores de la O. T. A. N.

El capital monopolista de la Alemania occidental ha mostrado un gran interés en la integración de la C. E. E., que le asegura las posiciones más ventajosas.

Hay indicios de que en los primeros años 60, la economía de la Alemania occidental ha alcanzado el cénit de la posguerra, y el ritmo de crecimiento de la producción industrial ha empezado a decaer. En los últimos seis años, la Alemania occidental no ha conseguido mejorar la posición que en el mundo ocupa su economía capitalista.

Al mismo tiempo, la militarización se ha convertido en una carga pesada para la economía nacional. El año pasado, las partidas presupuestarias de la *Bundeswehr* eran 186 veces mayores que las de 1955, mientras que los gastos militares directos e indirectos han subido a casi 200.000 millones de marcos, o dos veces más que lo que Hitler necesitó para preparar la segunda guerra mundial.

V. KRAVTSOV: *New Tendencies in Italian Policies* (Nuevas tendencias en la política italiana), págs. 15-19.

Hace unos pocos años, un periodista italiano advirtió, hablando con sus colegas: «Si representásemos la política exterior italiana como una figura geométrica y superpusiésemos una similar figura de la política exterior de los Estados Unidos, encontraríamos coincidencia en los contornos; ni uno sola línea italiana rebasa los contornos de la política exterior de los Estados Unidos.» Había, sin duda, mucha verdad en esto. Todavía muchos dirigentes ita-

lianos siguen hoy el principio de la orientación total hacia los Estados Unidos.

Pero en los últimos años, sin embargo, la situación y el alineamiento de fuerzas en el mundo han cambiado sustancialmente. Nuevas tendencias se van afirmando en la Europa occidental y gana terreno la insistencia en una mayor independencia en los asuntos internacionales. Estos factores influyen también sobre la política exterior de Italia, afectada por el temor a verse envuelta contra su deseo en un conflicto armado a causa de los actos agresivos de los Estados Unidos.

Un factor muy importante es también que en los últimos diez años el potencial económico de Italia ha experimentado un aumento acusado, y sus posiciones en el mundo capitalista se han fortalecido.

Las crecientes posibilidades económicas de Italia demandan con insistencia nuevos mercados, y esto, a su vez, dicta la necesidad de una política exterior más activa e independiente. Otra condición importante que determina la emergencia de nuevas tendencias en política exterior es la liberación gradual de Italia y otros Estados europeos de la dependencia económica y política de los Estados Unidos, una situación en la que se encontraron al fin justo de la segunda guerra mundial. Se fue acentuando gradualmente la impresión de que no tenía, en realidad, finalidad el continuar con la guerra fría para acentuar las tensiones y que, a manera de contraste, el camino de la *détente*, la protección de intereses nacionales y la cooperación con la U. R. S. S. y otros Estados socialistas abría las más anchas perspectivas.

Desde fines de los años 50 ha habido una gradual descongelación del hielo que enfriaba casi todas las esferas de las relaciones soviético-italianas. Los esfuerzos consistentes del Gobierno soviético por normalizar y mejorar las relaciones entre los dos países encontraron una actitud de comprensión creciente en Italia.

A. SHULGOVSKY: *Arms and Politics in Latin America* (Armas y política en la América Latina), págs. 28-34.

No sería exageración decir que el papel de las fuerzas armadas es el gozne en torno del cual gira toda discusión sobre la situación política y el movimiento de liberación antiimperialista en los países de la América Latina.

Desde comienzos del siglo XIX, cuando los países de la América Latina alcanzaron la independencia política, hasta nuestros días, los ejércitos de estos países han recorrido todo el camino desde el caudillismo a la institución profesional.

Por los años 30, militares con puntos de vista radicales participaron en el establecimiento de una República socialista en Chile, que no duró mucho. En Bolivia, los soldados de inclinación nacionalista, encabezados por el presidente de la República, nacionalizaron la industria del petróleo.

Las nuevas tendencias se hicieron particularmente pronunciadas a fines de la segunda guerra mundial e inmediatamente después. El papel de los ejércitos al derribar los regímenes reaccionarios en Guatemala, Bolivia, el Ecuador y algunos otros países, demostró que los militares también sentían el impacto del movimiento de liberación democrática, que pasó por un período de resurgimiento después de la derrota del fascismo.

Sin embargo, estas tendencias no han sido el factor principal que determinó el papel político de las fuerzas armadas. En los años 40 y comienzos de la década siguiente, los ejércitos fueron utilizados en un número de países para dar golpes de Estado que avanzaron los designios reaccionarios de los clases privilegiadas y los planes del imperialismo de los Estados Unidos, que buscó arrastrar a la América Latina a la guerra fría.

La tarea básica de las dictaduras que gobiernan en nombre del Ejército ha sido transformar las fuerzas armadas en una especie de guardia pretoriana para aislarlas del pueblo, convertirlas en un instrumento obediente para la defensa del régimen y los intereses del imperialismo de los Estados Unidos.

En los comienzos de los años 60 las fuerzas armadas de muchos países latino-americanos han experimentado cambios sustanciales. Su formación profesional ha mejorado y su equipo ha sido modernizado. La profesionalización y la modernización de las fuerzas armadas impulsa la influencia militar en varios aspectos de la vida económica y social en los países latino-americanos. Esta influencia ha sido considerablemente realizada por el hecho de que en un número de países los militares dirigen varias fábricas de propiedad estatal.

J. M.